

jerona alta y recia, asustada, con la cara roja de vergüenza, con aquella cesta en la cabeza y aquella maceta en la mano, sentada como una niña sobre las rodillas del oficialillo, conmovido por el choque, fué tan cómico que todo el mundo se echó á reír, incluso el oficial y la misma señora, que enmendó su posición sentándose en el banco y tapándose la cara con la mano.

Peró aun no habían terminado los incidentes. Llegado el coche á la plaza San Silverio, hizo parar una señora pequeñita y rubia, que traía dos niños de la mano. Paró el coche, y ella, adelantándose, entregó uno de los niños al conductor, el cual le hizo entrar: era un hermoso niño de un par de años, sonriente y gracioso, que los pasajeros acciguieron con caricias. En seguida penetró el otro, parecidísimo al primero, vestido también del mismo modo. Parecía que la subida hubiese terminado; pero era que no se veían los niños que estaban detrás de la señora. El conductor izó otro, una copia de los dos primeros. Entonces la gente empezó á reír y á alegrarse:

—¡Tres!—dijo uno.—¡Esto es un colegio!—replicó otro.—¡Vamos á tardar una hora!—exclamó un tercero.

Subió otro niño y redoblaron las exclamaciones. Apareció, por fin, una niñita de unos ocho años, y después subió la madre, un retrato ampliado de sus hijos, fresca y sonrosada como ellos, y á su aparición cesaron las risas; pero cuando se vió que había un sexto, próximo á ver la luz, los pasajeros se miraron alegremente, demostrando una simpatía

respetuosa; y la alegría de la gente que acariciaba á los niños, aquellas cinco caritas que sonreían alegres, sin saber por qué, movidas de las sonrisas que veían en las otras caras, y el regocijo cariñoso de aquella madre, esbelta y fresca como una muchacha, feliz de su fecundidad triunfante, fueron, por unos momentos, un espectáculo delicioso.

El último lo gocé yo solo. Estaban en la plataforma dos hombres de unos cuarenta años, hablando uno en piamontés y otro en lombardo. Este no hacía más que exclamar de cuando en cuando:—¡Ah! ¡che loder! ¡Ah, che baloss! en tanto que el otro contaba con un tono lastimero, la historia de un prójimo que, siendo socio suyo en un negocio, trató de suplantarle, luego se valió de la razón social para cobrar créditos comunes y, rota la asociación, además de negar con gran descaro sus bribonadas, pretendió una indemnización, amenazándole con un pleito. Y terminó así:

—Eso tuvo la desvergüenza de hacerme. Haga usted el favor de decirme cómo han de calificarse tales acciones.

A esta pregunta, el lombardo se quitó la pipa de la boca, y con el acento más natural del mundo, sin la más mínima intención aparente de decir una gracia, como quien se sirve de una palabra que ya ha entrado en el lenguaje vulgar, respondió tranquilamente, dirigiéndome una mirada distraída:—*Hin azion de comendator* (1).

A unos cien pasos de la barrera, y mientras ga-

(1) Una acción de comendador.



lopaban los caballos, la maestra de ciclismo salió á la plataforma, se puso en pie sobre el estribo, con la cabeza erguida y el velo al viento, y bajó sin una sacudida, como si dos brazos invisibles la hubiesen dejado suavemente en tierra. Entre los viajeros, que sacaron la cabeza por las ventanillas para verla bajar, ví la del viejo fraile, alelado, que parecía decir:—¡Qué raza de mujeres hay ahora!

Y así terminó el afortunado viaje, uno de los pocos, á través del mundo, en los cuales nuestros semejantes se nos presentan por su lado mejor y más noble, dándonos casi una pasajera ilusión de que la vida es una comedia regocijada, en la cual no se divierte sino quien no la comprende, ó quien es

*...desdichado y de placeres  
incapaz ó inexperto.*

\*  
\*  
\*

Pero ¡ay! ¡Qué bruscos reveses sufrimos de la fortuna, hasta en el tranvía! Entre mis notas veo una, fechada el nueve, domingo, que me indica este día como nefasto. Hacía un tiempo frío, lluvioso, gris, como si lloviese ceniza. Después del almuerzo y apenas subido al tranvía de la carrera Vinzaglio, junto al buen Giors, á quien la lluvia parecía

dar buen humor, me ocurrió un pequeño accidente de mal agüero, que debía servir de escarmiento á los fumadores descuidados. Puse entre los labios el regalo que me había hecho un periodista español, de paso por Turin, uno de aquellos cigarros de príncipe elaborados en Cuba, de buena vitola y rica hoja, que á nosotros, pobres italianos, nos producen el efecto que el pan blanco al que lo come de maíz. A la primera bocanada de humo, volviöse Giors exclamando:—¡Valiente cigarro!—y se puso á aspirar el humo, metiendo el rostro en la nube, riendo satisfecho y arqueando la espalda como si fumara él también. Pero como no conservaba el cigarro con la mano, para no parecer que lo cuidaba con exceso, á una brusca sacudida del coche al dar la vuelta hacia la calle Ceruaia, se me escapó de entre los dientes sin darme tiempo á atraparlo, yendo á parar en medio del barro. — ¡*Malheur!*—exclamó Giors, con el mismo acento de lástima que si lo hubiese estado fumando él, pero mirando mi cara, que en aquel momento debía tener la expresión del cuervo de la fábula, á quien se le escapa el queso del pico, soltó una carcajada. Sin embargo, al ver que me reía yo de mala gana, añadió seriamente:

—Para fumar cigarros de esa especie... es mejor tomar un simón, —y haciéndole gracia su propia salida, se rió de nuevo.

— Mal principio,—pensé.— En esta línea me ha de ocurrir alguna desgracia.

Pronto me acaeció. En la esquina de la carrera Víctor, subió un exprofesor de colegio, antiguo conocido mío, melenudo y barbudo, una de aquellas



caras de viejo literato que parecen haber nacido con anteojos, y se me plantó delante, en la plataforma. Le miré con pavor. Era un recitador despiadado de sus propios versos, que asesinaba á sus amigos á golpes de consonante. Esta raza cruel es particularmente temible en el tranvía, donde es imposible escapar al tormento y es preciso sufrir los golpes á quema ropa, en pleno rostro, con la nariz de ave de rapiña á dos dedos de la vuestra. Para mayor desgracia, de tal manera estaba llena la plataforma, que no podía moverse y estaba á su merced atado de pies y manos. Previa una rápida y sumaria explicación de su último «parto,» me apuntó al pecho su índice largo y nudoso y empezó á recitar los versos en voz baja primero, después, entusiasmándose, fuerte: — ¡*El hombre!*— No era más que un soneto, pero desarrollado en una forma interrogativa, que parecía escogido á propósito para poner al oyente en berlina. Empezaba:—¿*Quién eres, hombre?*—y á cada par de versos repetía esta pregunta, á la cual el poeta, pesimista furibundo, daba una serie de respuestas vigorosas, altamente ofensivas para el rey de la creación. —¿*Quién eres, hombre?*—Los pasajeros que estaban un poco apartados y que no podían comprender que me recitaba una poesía, viendo los gestos y no pillando sino una que otra palabra, creyeron que me apostrofaba insolentemente y se volvieron á mirarnos. Y el melendado, apuntándome el dedo á la cara:—¡*Impío y embustero hasta contigo!*—La atención de los pasajeros se hizo más viva.—¿*Quién eres?*— Los más cercanos sonreían, pero los otros ponían una cara

asombrada é inquieta, previendo que iba yo á alzar la mano:—¿*Quién eres?*— Y empezó á llamarme *insecto* y *hiena*, un torrente de sangrientas injurias, sin que el rubor de mis mejillas y los gestos de condenado que se pintaban en mi cara le dieran el más leve indicio del estado de mi ánimo. El último verso del primer terceto terminaba en *il* y presentí la estocada final, un *vil* solemne, y traté de pararla, cubriendo su voz con un ataque de tos repentina; pero no me valió la treta, porque el verdugo repitió el verso. Estábamos en aquel punto, delante de la estación. Yo debía proseguir el viaje; pero, avergonzado de quedarme allí después de haber sufrido en silencio tantos improperios, y también para desengañar á los pasajeros, demostrándoles que éramos amigos, bajé con él á la plaza, donde me espetó otro soneto...

Media hora después volví al mismo punto para tomar la línea de Viale; subí á la plataforma, atestada, y dí de bruces... ¡Maldita jornada! He ahí otro caso desdichado que sólo puede ocurrir en los tranvías: hallarse frente á frente, en material contacto, obligado á mirar y á sentir el hálito de un antiguo amigo, con quien habéis roto toda relación de amistad desde quince años antes y que desde aquella fecha no os ha mirado á la cara. Si se trata de un enemigo verdadero que os odia y á quien odiáis, la cosa tiene arreglo: le volvéis bruscamente la espalda, ú os la vuelve él. Pero si la ruptura no tuvo por causa sino una discusión juvenil harto acalorada, de la cual los dos tuviérais una parte de culpa, y de la cual os arrepintierais y supieseis que tam-



bién él se ha arrepentido, pero que el orgullo le ha impedido, como á vosotros, volver á las antiguas relaciones, entonces el encuentro es muy penoso. Por fortuna dos pasajeros bajaron y, habiendo quedado más espacio, logró mi exámito volverse poco á poco y darme la espalda, sin que pudiera aquel acto tomarse por una muestra ofensiva de desprecio. Pero fué casi peor el remedio que la enfermedad; porque no teniendo su cara delante, quedó libre el pensamiento, que tomó el camino melancólico de los recuerdos. Mi antiguo amigo estaba allí, á un palmo de distancia, y por una ligera contracción de sus mejillas, pensé que á su vez debía de estar conmovido. Reparé que tenía ya gris el pelo; que el tiempo—que no cuida de amistades ni de odios—había ejecutado en él su obra. Recordé, así mismo, las felices veladas que pasara en su compañía, las discusiones que sosteníamos, las confidencias que cambiábamos, los paseos que dábamos por el campo. Recordé, por último, la sonrisa con que acogía el mote de *Meramente* que le habíamos puesto, porque á cada punto y sin darse quizá cabal cuenta de ello, repetía esa muletilla; y por último, pensé también que, en el fondo, era un buen amigo, algo vivo, algo afectado, pero noble y cariñoso. Luego volvió á mi memoria la trágica muerte de su madre acaecida al caer de un coche y que le produjo impresión tan honda, que durante muchos meses vagó pálido y abatido por la ciudad. Imaginé que debía aprovechar aquella ocasión para tocarle ligeramente en el hombro y, cuando volviera el

rostro, saludarle afectuosamente, seguro de que él, por su parte, deseaba una reconciliación tanto como yo mismo. Las sugerencias del orgullo, del torpe orgullo, me impidieron seguir mi noble impulso, y traje á la memoria, para no ceder á la noble tentación, las palabras ofensivas que había soltado el día de la discusión que puso término á nuestra amistad, y las que por mi parte pronunciara, y me mantuve silencioso y rígido hasta que, sin mirarme, bajó en la calle de San Máximo, por la que siguió, recibiendo la lluvia. Viendo como se alejaba, tuve la conciencia de haberme portado mal y de merecer la terminación del soneto *¿Quién eres, hombre?* ¡Pobre mundo! pensé, y añadí mentalmente:—¿Qué nueva calamidad me reserva *el coche de todos?*

Con efecto, no había terminado mi calvario, que se reanudó en la misma línea, cuando la tomé en la carrera de San Mauricio, después de haber inspeccionado los preparativos que para el carnaval se hacían en la plaza de Víctor Manuel. Fué mi verdugo,—si bien de indole cómica,—un adepto de Baco que subió al tranvía y se me colocó delante. Era un obrero de unos cincuenta años, con el sombrero echado atrás que descubría la frente, sobre la que caía un mechón de pelo gris, y que, según las trazas, había recibido la lluvia durante todo el día, pues estaba calado de pies á cabeza. Mascaba un horrible coracero de Virginia, y en su cara se veía claramente que tenía ganas de charlar largo y tendido. Apenas subió, me miró fijamente con unos



ojos muy relucientes y en un lenguaje especial, y sin que mediara provocación alguna por mi parte, me espetó:—¡Qué tiempo!—Así empezó para explicarme que había dado un paseo por las afueras (se veía claramente), con un amigo á quien encontró casualmente, un antiguo compañero de armas de 1866, que se batió á su lado en Rocca d' Anfo, *al mando de Garibaldi*. Confesó que había bebido *un trago de más* y que estaba un tanto alegre, pero que eso no le impediría acudir al trabajo. Era un herrero. Luego dijo exabrupto:—Veremos, veremos las próximas elecciones. ¿Qué piensa usted de ellas? Y sin esperar mi contestación, me miró de frente, con la cabeza un tanto inclinada, para mejor hacerse cargo de mis intenciones, sonriendo maliciosamente y traduciendo así el resultado de sus observaciones.—Me parece que usted debe de ser de la oposición.

No pareciéndome oportuno hacerle declaraciones políticas, me contenté con sonreír y él, entonces, exclamó con acento de triunfo:

—¡Vaya! ¡Que me digan luego que no sé conocer las gentes por la cara! Estoy seguro que ha dado su voto á Zavattari. ¿Qué le parece de Zavattari? Mi respuesta le agradó.

—¿Y qué me dice de Cavallotti? ¿Y de *nuestro* Imbriani?

Advertí que mis respuestas, demasiado lacónicas, no le satisfacían. Otras preguntas me hizo, á las cuales no contesté sino con movimientos de cabeza. Entonces se encogió de hombros exclamando:—¡Ya, ya entiendo; teme usted espontanearse!—Sonrió compasivamente y luego, como si de repente el

vino hubiese subido con mayor fuerza á su cerebro, me miró con ojos torvos y me dijo, con un movimiento brusco que le hizo dar un traspiés:—¿Cree, acaso, que soy un confidente de la policía?

—¡Diablo! Vi que era preciso contestarle de un modo categórico.

—¡Qué cosas tiene usted! Un hombre que se ha batido al lado de Garibaldi no puede hacer semejante villanía!

—¡Ah!—exclamó serenándose;—¡esa es una buena idea!—Y trató de repetir mi frase para mejor saborearla.

—¡Sí, sí, eso es! ¡Me ha dado usted una respuesta que me honra!—Y añadió con una sonrisa sarcástica:—¿Qué piensa usted de Francisco Crispi?

Sin esperar mi contestación, volvióse bruscamente hacia la calle, echando un salivazo y mostrando el puño al horizonte, como si el fantasma de su enemigo apareciese en la colina del Superga. Luego, con una obstinación de mulo:

—¿Qué piensa usted de *nuestro* Zavattari?—me preguntó.

Y así continuó durante todo el trayecto, testarudo é implacable. Subieron otros pasajeros y tuve la esperanza de que se dirigiría á ellos; pero no. Persistió en hablarme á mí, asaeteándome á preguntas, quejándose unas veces de mi laconismo, aprobando otras mis medias respuestas, alabándome por las que á sí mismo se daba como si fuesen mías. Al cabo se incomodó.

—¡Es inútil, es inútil!—dijo, bajando la cabeza. Ya veo que no quiere usted despotricar.



Y volviéndose á mirarme una vez más antes de bajar, soltó una gran carcajada y exclamó:—¡Qué polícastro!

Bajó y respiré. Pero había andado apenas cuatro pasos y estaba aún parado el tranvía, cuando miró atrás. Temí que subiera de nuevo; por fortuna no fué así. Se contentó con mirarme picarescamente y exclamó extendiendo el brazo y tambaleándose:

—¡Debe ser usted de la oposición!

Dicho esto se marchó. Me veía libre; pero la jaqueca había durado por espacio de dos mil cuatrocientos metros.

Así terminó para mí la nefasta jornada del 9, de la cual, ya en casa, tomé nota detallada maldiciendo de los versos tranviarios, de las amistades rotas y de la política, casi fastidiado ya del asunto de mi libro...

Me reconciliaron con mi idea las «jardineras» que hicieron su acostumbrada aparición en los últimos días de carnaval. Aquellos grandes carruajes, ligeros y abiertos por ambos lados en los cuales los pasajeros se sientan unos detrás de otros mirando todos en una misma dirección, lo cual permite verlos á todos estando de pie en la delantera, desde donde se perciben veintiocho caras en filas sucesivas como en un minúsculo teatro, son mucho más favorables para el observador que los coches cerrados. Se puede apreciar más fácilmente las maniobras de los eróticos que no pudiendo aprovecharse de la confusión de las plataformas, se ven obligados á proceder más descaradamente. Los más atrevidos, jóvenes casi todos, adoptan una posición elegante en la pla-

taforma delantera, dando la espalda á los caballos, y examinan al bello sexo como lo hacen durante los entreactos en las salas de los teatros. Los más tímidos, que son por otra parte los espectadores más concienzudos y los que gozan más intensamente, se quedan en la otra plataforma desde la cual no pueden ver las caras; pero esto les permite gozar de muchos otros aspectos de la belleza femenina, como compensación de la privación que sufren. Desde allí pueden, efectivamente, acariciar con la mirada los blancos cuellos, los ricitos de pelo que á impulsos del aire se mueven en las nuca, los espacios blancos y rosados que quedan detrás de la oreja, los nudos de las lujuriosas cabelleras, las largas trenzas que caen sobre las espaldas juveniles: pueden también observar tranquilamente las actitudes graciosas, firmes y lánguidas, afectadas ó naturales con que las señoras se sientan y se levantan, medir con los ojos las breves cinturas y los mórbidos brazos, gozando además, sin que nadie pueda observarles, del espectáculo que les ofrecen las viajeras de la última banqueta, cayendo casi á plomo sus miradas sobre la línea ondulada que va del cuello á la cintura y sobre la curva firme que va de la cintura á las rodillas. Es punto menos que imposible subir de improviso á una de esas jardineras sin encontrar uno ó varios de esos aficionados, cuyo pensamiento se trasluce de un modo claro é indudable en el brillo de sus ojos.

Conoci un hermoso ejemplar de esa familia el domingo de carnaval al mediodía, en la línea de Viali. Estaba de pie junto á mí en la plataforma



posterior de una jardinera. Era un señor mayor, gordo y sonrosado, sin pelo de barba, con una abundante cabellera gris que se le escapaba en rizos de bajo las alas de una chistera. Iba con un traje negro y lucía un cuello alto y blanquísimo. Le habría tomado por un pastor protestante si, de repente, al sacarse el pañuelo, no hubiese esparcido un fuerte olor á esencia de rosas. Sus ojos celestes recorrían sin cesar aquel conjunto de sombreros que presentaban el aspecto de una floresta, seguían por un momento á cada señora que bajaba, inquirían, excrutaban á cada una que subía, no perdiendo uno solo de los movimientos que hacían al sentarse, al volverse, al abrocharse el abrigo, al recoger la falda, al hacer sitio á otra: parecía tomar mentalmente apuntes de todo aquello. Pero no había sombra de sensualidad en su mirada. Era algo así como la expresión de una complacencia artística, una ligerísima sonrisa de deleite.

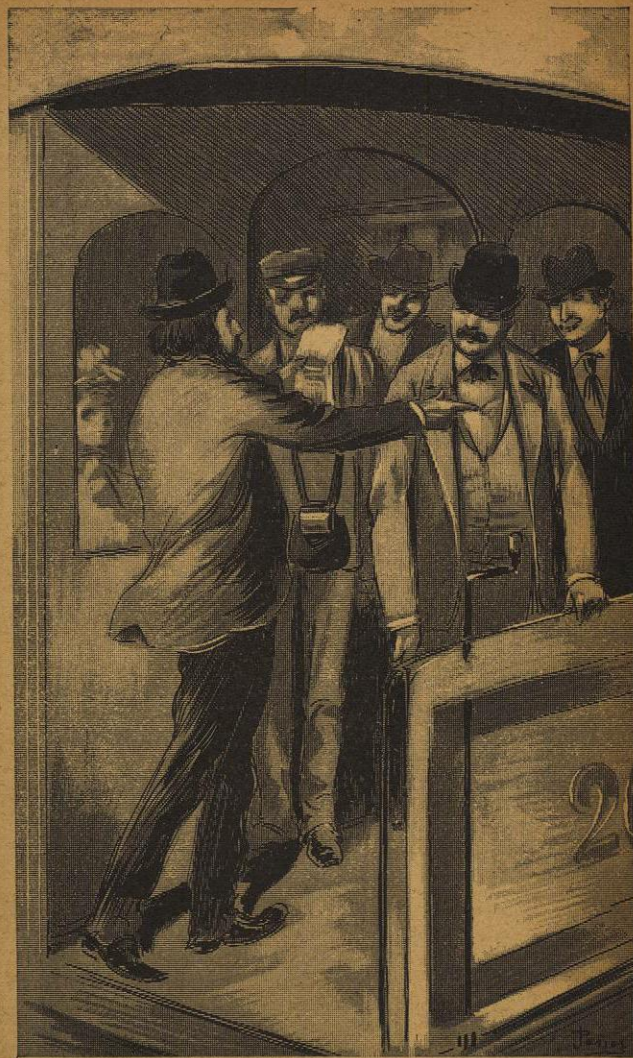
En un momento dado ví que sus ojos se dilataban fijándose á mi izquierda sobre el respaldo movable del último banco; miré: observaba á una muchacha que con uno de los brazos en jarras se despedía de un joven que había estado con ella y que saltó del tranvía; parecióme que, en vista de aquella escena, se alegrase con la alegría que siente un padre al contemplar cómo su hija galantea con su novio; parecióme que era uno de esos viejos afortunados, sanos de temperamento y de espíritu, que sienten todavía la obsesión del bello sexo, sin que le turben los sentidos, y que admiran á una mujer hermosa como se admira un alba serena, una bella aurora,

y que ante el espectáculo de la belleza y gracias femeniles, del amor y de la embriaguez de la juventud, se resignan con su papel de espectadores, sintiendo un placer tranquilo, exento de envidia y de emulación. Seguí otra vez su mirada, que se fijó con expresión de encanto en la extremidad de uno de los bancos del centro, y reconocí el perfil purísimo de la «virgen muerta,» la cual de repente se destacó en mi fantasía sobre el paño negro, entre cuatro cirios, con los ojos cerrados, la cabeza envuelta en un velo blanco y coronada de flores.

También en esta ocasión iba sola, vestida con la sencillez de siempre y con una rosa blanca en el sombrero, blanco también, como su rostro inmutable, sereno, de criatura sobrehumana que no pudiera cantar, ni reír, ni llorar, insensible á toda pasión terrena. Mi curiosidad fué más viva esta vez que cuando la ví otro día en el carruaje. ¿Quién podía ser? Algunos de los vecinos del coche se volvían de cuando en cuando á mirarla; parecía que no lo advertiera. Pero de su impassibilidad maravillosa me dió todavía una prueba mayor. En un momento en que se había parado el tranvía, pasó con lentitud un ciclista que venía en dirección opuesta y era un teniente de cazadores, quien la miró y siguió adelante. Pero apenas el tranvía volvió á marchar, el teniente dió á su vez media vuelta y acompañó el carruaje, como si fuera el ayudante de campo de un coche real, con la cara vuelta hacia la muchacha. Algunos pasajeros advirtieron la manobra y se pusieron á mirarles. Sonrió el oficial un poco confuso, pero no se apartó; en cuanto á ella,



no dió la menor señal de complacencia ni de despecho; miró la bicicleta como si en ella fuese montado un niño de seis años: observaba el rodar de la máquina y el alternado movimiento de los dos pedales con su mirada tranquila y límpida, como si estudiase su mecanismo. El oficial continuó durante un rato mirándola; después aceleró la marcha, siguió adelante y desapareció. Entonces ella volvió hacia los pasajeros la mirada de sus grandes ojos de ángel candoroso, en los cuales no había indicio de ningún pensamiento, como si no hubiese visto nada ni nadie la hubiese mirado. ¿Era verdaderamente un milagro de inocencia y de austeridad, ó un prodigio de disimulo? Esta sospecha me hizo reflexionar, y noté que sobre los demás pasajeros debía de haber producido un efecto semejante, cuando al bajar en la esquina de la calle Gioberti, todas las cabezas de los pasajeros se volvieron, como si hubieran recibido una fuerte ráfaga de viento, para mirar por última vez á aquella esbelta figura de muchacha delgada y como crecida de repente, con un cuerpo casi deforme en fuerza de no tener líneas ni contornos, y que en cambio parecía por el rostro, por los ojos y por la frente la imagen acabada de la belleza, tal como pueden concebirla los hombres. ¿Quién podría ser? Habría procurado saberlo y lo hubiera conseguido bajando del tranvía, siguiéndola y preguntando al portero de la casa donde entrara, si mi curiosidad no hubiese sido excitada por el rostro de un niño que estaba de pie, sobre el primer banco, entre una señora y una institutriz, y que me parecía haber visto otra vez.



Y comenzó á llamarme insecto, burbuja, vana, larva, hiena...



Creía que era aquel á quien su madre había hecho abrazar á la niña rubia en el coche de Giors, durante el último día del mes de Enero. Reconocí en seguida á la madre por su gran sombrero á la chamberga y su perfil atrevido, cuando se volvió á la izquierda para hablar con una persona que yo no veía. En cuanto el tranvía paró un poco, me acerqué á ella con curiosidad por ver de cerca á aquella señora original en quien había pensado muchas veces, recordando las oleadas de roja sangre que subían á su rostro y el aire de intrépida hermana de la caridad que la daban sus ojos grandes negros. Hablaba con una muchachita del pueblo, que tendría unos trece ó catorce años, cubierta la cabeza, delgadísima y como convaleciente; tosía á menudo. Encantóme la voz robusta, sonora y como un poco velada de aquella mujer; pero encantóme más el cariño con que hablaba á aquella pobrecita muchacha, á la cual parecía hacer recomendaciones y dar consejos, que el ruido del carruaje no me dejaban oír. El acento, la expresión del rostro, los modales corteses, la solicitud con que hablaba á aquella niña, respondían perfectamente á la idea que siempre me había formado yo de los modales que deben usar los poderosos con los humildes. En aquella benevolencia no había ni la sombra de un esfuerzo, sino que, delicada y pura, parecía la manifestación de la piedad que sentimos los hombres de naturaleza distinta, por los dolores y penas de nuestros semejantes, en los cuales la familiaridad no ofende nunca sino que agrada y encanta, porque parece un sentimiento espontáneo del espíritu, na-



cido antes para dar consuelos que para adquirir superioridad.

Iba el tranvía por la mitad de la carrera Cairoli, cuando un pedazo de hombre barbudo, con facha de encogido campesino, que daba la espalda á la señora, encendió un cigarro y se puso á echar humo como una locomotora.

El aire que iba de delante á atrás, llevó una nube al rostro de la muchacha que empezó á toser fuerte, volviendo la cabeza y tapándose la boca con la mano.

La señora quedóse un momento indecisa, después adelantó valientemente la cabeza y rogó al fumador que dejase de fumar, á la vez que señalaba á la muchacha que seguía tosiendo. Aquél volvió su rostro colorado de mala gana, y después de echar una mirada á la señora y á su protegida, continuó fumando.

Entonces á la señora se le hinchó el cuello como á las cantantes que van á dar una nota poderosa, y encendiéndosele el rostro exclamó:

—Caballero, tenga la bondad de no fumar... por humanidad, no por cortesía.

El hombre, como si no oyera, se encogió de hombros y lanzó una nueva bocanada de humo.

—Ponte en mi sitio,—dijo resueltamente la señora á la muchacha, y con voz más fuerte añadió:— ¡Qué mal educado!

El hombre se volvió y dijo con violencia:

—Mire como habla.

—Hablo como debo.

El hombre se levantó.

—No se levante; aunque soy mujer no tengo miedo.—Y de pie ante el hombrachón, en tanto que el cobrador y otros pasajeros se interponían, con el rostro impertérrito y los ojos serenos, atrayendo hacia sí con una mano á su hijo que lloraba, y poniendo la otra sobre el hombro de la muchacha asustada, la pequeña y valiente señora estaba tan hermosa que daban ganas de besarla en la frente.

Oyóse un coro de voces hostiles al hombre; éste volvió á sentarse y, sin quitarse el cigarro de la boca, no fumó más; algunos minutos después, al llegar el tranvía cerca de la calle Bonafous, la señora bajó con la muchacha y la institutriz después de haber saludado á su protegida, y se perdió entre la multitud inmensa que se agolpaba alrededor de los barracones de la plaza de Víctor Manuel, donde se levantaba un concierto infernal de gritos y de músicas discordantes.

\*  
\*\*

Durante tres días las jardineras estuvieron infestadas por un ejército de *pierrots* y de *bebés*, vestidos casi todos del mismo color, como si fuera aquello una mascarada organizada por la Prefectura, y repitiendo todos, desde la mañana á la noche, el eterno «te conozco» con el mismo acento de falsete, agudo y molesto como el aliento avinado y el olor que exhalaban de su persona, no muy limpia, y de su piel sudorosa. En el pequeño teatro que para mí representaba el carruaje del tranvía, observé aquella mascarada, y de mala gana, puesto que tanto